

Instituto Social León XIII
Centro para la Investigación y Difusión
de la Doctrina Social de la Iglesia



1ª SESIÓN:

ECCLESIA IN EUROPA
UNA VALORACIÓN ÉTICA
Y CRISTIANA
DE EUROPA EN LA ACTUALIDAD

José Román Flecha
Universidad Pontificia de Salamanca

Los Nuevos Escenarios en Europa: Bienestar Social, Justicia y Bien Común
III Seminario de Doctrina Social de la Iglesia
Majadahonda (Madrid)

1ª SESIÓN - 24 de Enero de 2004

ECCLÉSIA IN EUROPA

UNA VALORACIÓN ÉTICA Y CRISTIANA DE EUROPA EN LA ACTUALIDAD

1. INTRODUCCIÓN

Aunque los últimos pontífices habían abordado en repetidas ocasiones el tema de Europa, es Juan Pablo II quien más se ha distinguido en la reflexión sobre el significado humano, ético y espiritual del proyecto europeo. Es interesante recordar la primera visita de este papa eslavo a su Polonia natal. En el más importante y significativo de sus discursos, el dirigido el 5 de junio de 1979 a la Conferencia Episcopal en el santuario de Jasna Gora, aprovechó el jubileo del novecientos aniversario de la muerte de San Estanislao para afirmar la europeidad de su patria. Según él, “la Polonia del siglo XI formaba parte de Europa y participaba en sus problemas, tanto en la vida de la Iglesia como en el de las comunidades políticas de aquel tiempo”.

Si se tiene en cuenta la situación de aquel momento, en el que aún no se podía imaginar la simbólica caída del muro de Berlín, el Papa añadía un párrafo programático:

“Europa, que durante su historia ha estado dividida varias veces; Europa, que hacia la mitad de nuestro siglo estuvo trágicamente dividida por la horrible guerra mundial; Europa, que a pesar de sus actuales y duraderas divisiones de los regímenes, de las ideologías y de los sistemas económico-políticos, no puede cesar de buscar su *unidad fundamental, debe mirar al cristianismo*”.

El Papa afirmaba a continuación que el cristianismo “está en las raíces de la historia de Europa. Esto forma su genealogía espiritual”. Una expresión que a su belleza une la exactitud histórica. En consecuencia, concluía, “el cristianismo debe comprometerse nuevamente en la formación de la unidad espiritual de Europa. Las solas razones económicas y políticas no son capaces de hacerlo. Debemos ir más al fondo: a las razones éticas. El Episcopado polaco, todos los episcopados y las Iglesias de Europa, tienen en esto una gran tarea que realizar”¹.

El Papa no se limitaba a lanzar una invitación a sus conciudadanos y, a través de ellos, a todos los católicos europeos. Él mismo asumía allí su propia responsabilidad ante el proyecto europeo. De hecho, aquellas palabras parecían revelar uno de los propósitos más fuertes de su pontificado: el de procurar la unificación de Europa, sobre la base de sus raíces cristianas.

Tampoco se ha de pensar que esa responsabilidad es exclusiva de las Iglesias. Juan Pablo II habría de recordar a toda la sociedad europea el deber de hacer coincidir sus aspiraciones con su realidad. Ésa es la tarea que, con toda solemnidad y en presencia de los reyes de España, propuso en la catedral de Santiago de Compostela, precisamente al final de

¹ El texto completo del discurso puede ver en JUAN PABLO II, *Enseñanzas al pueblo de Dios, 1979, mayo-agosto*, BAC, Madrid 1980, 467-481. El Papa habría de repetir las mismas ideas el día 5, en el discurso dirigido en Cracovia, a los cardenales y obispos invitados a la celebración de San Estanislao: en él deseaba que el cristianismo y la Iglesia tuviesen una participación activa en el esfuerzo de Europa por buscar un camino propio y adecuado: “Sólo de este modo, y no de otro, puede expresarse y realizarse nuestra solicitud para preservar y salvaguardar el patrimonio cristiano de Europa y de cada uno de los países europeos”: *o.c.*, 516.

su primer viaje a España: “Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: ¡Vuelve a encontrarte!”².

Desde entonces para acá, los textos pontificios sobre la identidad y el futuro de este continente se han ido multiplicando de una forma extraordinaria y han ido tocando un amplio abanico de temas de actualidad³.

Ya durante la primera asamblea para Europa del Sínodo de los Obispos, celebrada en 1991, Juan Pablo II afirmó que en la nueva Europa que está en camino hacia la unidad política la Iglesia de Cristo de ningún modo puede constituir un factor de desunión y de discordia. De forma enfática se preguntaba entonces: “¿No sería éste uno de los mayores escándalos de nuestro tiempo?» A continuación añadía que “como creyentes, estamos llamados a ofrecer nuestra contribución para la construcción de Europa del año dos mil, la Europa de la esperanza”⁴.

2. LA SEGUNDA SESIÓN DEL SÍNODO PARA EUROPA

No deja de llamar la atención que en una misma década se hayan celebrado dos sesiones del Sínodo de los Obispos dedicada al Continente Europeo. Sin duda, el presente y el futuro de Europa constituye una de las preocupaciones más evidentes de Juan Pablo II. El primer Sínodo dedicado a Europa y celebrado en 1991, apenas después de la caída del muro, versó sobre el tema « Para ser testigos de Cristo que nos ha liberado » y puso de relieve la urgencia y la necesidad de la « nueva evangelización ». Se decía ya por entonces que « Europa, no debe apelar simplemente a su herencia cristiana anterior; hay que alcanzar de nuevo la capacidad de decidir sobre el futuro de Europa en un encuentro con la persona y el mensaje de Jesucristo ».

El segundo Sínodo había sido anunciado por Juan Pablo II el 23 de junio de 1996, al final de la Eucaristía celebrada en el Estadio Olímpico de Berlín.

No es éste el lugar de hacer un estudio de los documentos que, como es habitual, preparan y configuran el desarrollo de la asamblea sinodal. El *Instrumentum laboris*, los discursos que preceden y siguen a las exposiciones de los Padres, las homilias del Papa, el mensaje del Sínodo: todo ello constituye un interesante resumen de experiencias y sentimientos, así como un cuerpo de doctrina nada desdeñable sobre la situación de Europa, vista a través de los ojos de los representantes de su episcopado.

Como se sabe, ese rico material, más las proposiciones escogidas de las aportaciones de los padres sinodales, son ofrecidas al Papa, el cual suele publicar una exhortación que, de forma intencionada, lleva el calificativo de “postsinodal”. Algunas de estas exhortaciones, como la *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI (1975), o la *Christifideles laici*, de Juan Pablo II han alcanzado un eco extraordinario.

² Aquel discurso ha sido publicado muchas veces. Especial importancia tuvo la edición patrocinada por la CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Juan Pablo II en España*, Madrid 1983, 240-245.

³ Algunos otros pronunciamientos de Juan Pablo II pueden verse en J.R. FLECHA, “Europa: un desafío ético para los cristianos”, en ID., *Europa, ¿mercado o comunidad? De la Escuela de Salamanca a la Europa del futuro*, Universidad Pontificia, Salamanca 1999, 211-213.

⁴ JUAN PABLO II, *Homilía durante la celebración ecuménica con ocasión del Sínodo para Europa* (7 diciembre 1991), 6, en *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 13 diciembre 1991, p. 18. Aquellas palabras han sido evocadas recientemente en la exhortación pontificia *Ecclesia in Europa* (28.6.2003), 119.

La exhortación que habría de seguir al Sínodo de 1999 se ha hecho esperar de forma llamativa. Eran muchas las conjeturas que trataban de explicar este retraso. Finalmente, en este año 2003, Juan Pablo II ha publicado la exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa*, con la que recoge los trabajos de la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos.

La exhortación inspirada en el libro del Apocalipsis, constituye una vigorosa exhortación a la esperanza. De hecho, el mismo título nos indica que la exhortación versa “sobre Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa”. No se trata, pues, de un estudio sociológico, sino de una meditación religiosa sobre la presencia de la Iglesia en Europa. Evidentemente, una auténtica reflexión teológico pastoral sobre la presencia de la Iglesia en un determinado lugar no puede menos de prestar atención a algunas características de ese mismo lugar que, para los ojos de la fe, son vistas como “señales de los tiempos” y como “lugares teológicos”, si se nos permite emplear unas categorías consagradas en el ámbito de la teología.

La exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa* consta de una introducción, de seis capítulos y una conclusión.

En la introducción, que lleva el significativo título de “*Un gozoso anuncio para Europa*” se recuerda que este sínodo era “el último de la serie de Sínodos de carácter continental celebrados como preparación para el Gran Jubileo del año dos mil y tenía como objetivo analizar la situación de la Iglesia en Europa y ofrecer indicaciones para promover un nuevo anuncio del Evangelio”.

El tema elegido para la nueva Asamblea sinodal reiteró el mismo reto evangelizador, esta vez desde la perspectiva de la esperanza. Se trataba, pues, de proclamar esta exhortación a la esperanza a una Europa que parecía haberla perdido (n.2)

El texto recuerda que los participantes en el encuentro sinodal han examinado sin reparos *la realidad actual del Continente*, constatando en ella luces y sombras. Se ha llegado a la clara convicción de que la situación está marcada por graves incertidumbres en el campo cultural, antropológico, ético y espiritual. Asimismo, se ha ido afirmando con nitidez una creciente voluntad de ahondar e interpretar esta situación, con el fin de descubrir las tareas que le esperan a la Iglesia: se han propuesto « orientaciones útiles para que el rostro Cristo sea cada vez más visible a través de un anuncio más eficaz, corroborado por un testimonio coherente » (n.3).

Ya en la introducción parece la palabra “herencia” (n.3), que, referida a los valores cristianos de Europa, se repetirá varias veces a lo largo del documento. También aparece muy pronto la referencia a “las raíces”. Se dice en efecto que la unidad de Europa, aun “hundiendo sus raíces en la común inspiración cristiana, sabe articular las diferentes tradiciones culturales y exige un camino constante de conocimiento mutuo, tanto en lo social como en lo eclesial, que esté abierto a compartir mejor los valores de cada uno” (n.4).

Otro de los temas que aparecerán reiteradamente en la exhortación es el de la esperanza: “Aun aceptando los análisis sobre la complejidad que caracteriza el Continente, los Padres sinodales se han percatado de que, tal vez, lo más crucial, en el Este como en el Oeste, es su creciente necesidad de esperanza que pueda dar sentido a la vida y a la historia, y permita caminar juntos” (n.4). Todas las reflexiones del Sínodo se han orientado a dar respuesta a esta necesidad, partiendo del *misterio de Cristo y del misterio trinitario*. El Sínodo ha presentado

de nuevo la figura de Jesús, que vive en su Iglesia y es revelador del Dios Amor, que es comunión de las tres Personas divinas.

2.1. Capítulo I. “Jesucristo es nuestra esperanza”.

Está estructurado en dos partes, la primera más sociológica y la segunda decididamente teológica.

En la primera se analizan algunos retos y signos de esperanza para la Iglesia en Europa. *Por una parte se constata el oscurecimiento de la esperanza* que se refleja en un sentimiento de desorientación e inseguridad que también afecta a muchos cristianos. El análisis de la realidad se articula en un juego de los tiempos.

A. Con relación al pasado, se constata que se da en Europa una *pérdida de la memoria y de la herencia cristianas*. Muchos europeos parecen “vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Por eso no han de sorprender demasiado los intentos de dar a Europa una identidad que excluye su herencia religiosa y, en particular, su arraigada alma cristiana, fundando los derechos de los pueblos que la conforman sin injertarlos en el tronco vivificado por la savia del cristianismo”. (n.7)

B. Con relación al porvenir, se percibe un cierto *miedo en afrontar el futuro*. “La imagen del porvenir que se propone resulta a menudo vaga e incierta. Del futuro se tiene más temor que deseo (n.8).

C. El presente está marcado por algunos signos del vacío interior de las personas y la pérdida del sentido de la vida. “Como manifestaciones y frutos de esta angustia existencial pueden mencionarse, en particular, el dramático descenso de la natalidad, la disminución de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, la resistencia, cuando no el rechazo, a tomar decisiones definitivas de vida incluso en el matrimonio” (n.8).

Más interesante que la enumeración de los fenómenos parece la indicación de algunas causas fundamentales, que podrían reducirse a:

- a. una difusa *fragmentación de la existencia que favorece el individualismo*;
- b. un *decaimiento creciente de la solidaridad* interpersonal (n. 8) y
- c. el *intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo* (n.9).

Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una « cultura de muerte ».

Aunque subsiste una *nostalgia de la esperanza*, ésta queda reducida *al ámbito intramundano*, y se contenta con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age* (n.10)

A pesar de todo, la exhortación descubre algunos signos de esperanza. Algunos parecen interesar sólo a los cristianos, como las nuevas posibilidades de actividad pastoral que se han abierto para la Iglesia en los países del Este que la llevan a concentrarse en su misión espiritual, la mayor conciencia de la misión propia de todos los bautizados y la mayor presencia de la mujer en las estructuras y en los diversos ámbitos de la comunidad cristiana.

(n. 11), la santidad de los fieles, el testimonio de los mártires, la vida de las parroquias, los nuevos movimientos eclesiales y el avance del espíritu ecuménico (nn. 13-17).

Otros signos de esperanza afectan a la comunidad civil, como la creciente *apertura* recíproca de los pueblos, la *reconciliación* entre naciones durante largo tiempo hostiles y enemigas, la *ampliación* progresiva del proceso unitario a los países del Este europeo. “ Se está creando una cultura, más aún, una *conciencia europea*, que esperamos pueda suscitar, especialmente entre los jóvenes, un sentimiento de fraternidad y la voluntad de participación”. Es visto como positivos el proceso democrático, que de manera pacífica y con un espíritu de *libertad*, respeta y valora las legítimas diversidades, suscitando y sosteniendo el proceso de *unificación de Europa*. Es positivo el mayor respeto de los *derechos humanos* que debería abrirse a la supremacía de los *valores éticos y espirituales* (n. 12)

La segunda sección de este primer capítulo constituye una hermosa confesión de fe en Cristo, fuente de toda esperanza. Pero, en ese contexto, se encuentra una referencia explícita a las múltiples raíces de Europa, que han encontrado su expresión en la aportación de la tradición judeocristiana a la construcción de la “casa común europea” (n. 19).

En coherencia con la DSI de la Iglesia, se afirma que ésta « no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución institucional o constitucional » de Europa y coherentemente, por tanto, quiere respetar la legítima autonomía del orden civil, aunque recuerda que la fe trinitaria “contiene un extraordinario potencial espiritual, cultural y ético, capaz, entre otras cosas, de iluminar algunas grandes cuestiones que hoy se debaten en Europa, como la disgregación social y la pérdida de una referencia que dé sentido a la vida y a la historia” (n. 19).

2.2. Capítulo II. “El evangelio de la esperanza confiado a la iglesia del nuevo milenio”.

Se centra en su segunda parte en la misión de los presbíteros, los religiosos y los laicos, con una referencia explícita a la mujer. Pero en la primera parte se recuerda que “*Europa* ha sido *impregnada amplia y profundamente por el cristianismo*”. Más allá de las aportaciones históricas de los cristianos a la compleja historia de Europa (n.24), se añade “de la concepción bíblica del hombre, Europa ha tomado lo mejor de su cultura humanista, ha encontrado inspiración para sus creaciones intelectuales y artísticas, ha elaborado normas de derecho y, sobre todo, ha promovido la dignidad de la persona, fuente de derechos inalienables. De este modo la Iglesia, en cuanto depositaria del Evangelio, ha contribuido a difundir y a consolidar los valores que han hecho universal la cultura europea.

Al recordar todo esto, la Iglesia de hoy siente, con nueva responsabilidad, el deber apremiante de no disipar este patrimonio precioso y ayudar a Europa a construirse a sí misma, revitalizando las raíces cristianas que le han dado origen (n.25)

2.3. Capítulo III. “Anunciar el evangelio de la esperanza”.

Está dedicado a la tarea evangelizadora y catequética de la Iglesia, pero no deja de contener puntos muy interesantes sobre Europa, como esa vibrante exhortación que se encuentra en el n. 45, en la que se recuerda al macedonio que invitaba a Pablo a pasar a este continente (Hech 16,9).

El Papa reconoce que es urgente un primer anuncio del Evangelio, sobre todo teniendo en cuenta “la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por una indiferencia religiosa generalizada” (n. 46). Además, *es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados.*

“Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida; algunos se han dejado contagiar por el espíritu de un humanismo inmanentista que ha debilitado su fe, llevándoles frecuentemente, por desgracia, a abandonarla completamente; se observa una especie de interpretación secularista de la fe cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de la conciencia y la práctica moral cristiana. Los grandes valores que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones” (n. 47).

Esa nueva evangelización habría de ayudar a los cristianos a “tener una fe que les permita enfrentarse críticamente con la cultura actual, resistiendo a sus seducciones; incidir eficazmente en los ámbitos culturales, económicos, sociales y políticos; manifestar que la comunión entre los miembros de la Iglesia católica y con los otros cristianos es más fuerte que cualquier vinculación étnica; transmitir con alegría la fe a las nuevas generaciones; construir una cultura cristiana capaz de evangelizar la cultura más amplia en que vivimos” (n. 50).

Tras subrayar el papel de la catequesis y de la teología, la exhortación recuerda la necesidad de promover una auténtica *colaboración entre todas las Iglesias particulares del Continente*, así como *el diálogo con todos los cristianos y con las otras religiones*, en particular con el hebraísmo y el islamismo. “En el ejercicio de este diálogo no se trata de dejarse llevar por una mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, desgraciadamente, también entre cristianos, enraizada a menudo en concepciones teológicas no correctas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que “una religión vale la otra” (n.57).

Mientras el documento nos advierte contra una eventual actitud antisemita (n. 56) se recuerda la notable diferencia entre la cultura europea, con profundas raíces cristianas, y el pensamiento musulmán (n. 57).

Especialmente importante es la tercera sección de este capítulo en la que se exhorta a los cristianos a evangelizar la vida social, prestando una cordial y crítica atención a la *cultura contemporánea*. “Para ello, la pastoral ha de asumir la tarea de imprimir una mentalidad cristiana a la vida ordinaria: en la familia, la escuela, la comunicación social; en el mundo de la cultura, del trabajo y de la economía, de la política, del tiempo libre, de la salud y la enfermedad “ (n. 58). Son interesantes las referencias a la escuela, a la pastoral universitaria, al patrimonio cultural de la Iglesia, al arte, a *los medios de comunicación social*. El Papa invita “a los católicos a participar en la elaboración de un código deontológico para todos los que intervienen en el sector de la comunicación social, dejándose guiar por los criterios que los competentes organismos de la Santa Sede han indicado recientemente, y que los Obispos en el Sínodo habían sintetizado así: « Respeto de la dignidad de la persona humana, de sus derechos, incluido el derecho a la *privacidad*; servicio a la verdad, a la justicia y a los valores humanos, culturales y espirituales; respeto por las diversas culturas, evitando que se diluyan en la masa, tutela de los grupos minoritarios y de los más débiles; búsqueda del bien común

por encima de intereses particulares o del predominio de criterios exclusivamente económicos ». (n. 63).

2.4. Capítulo IV. “Celebrar el evangelio de la esperanza”.

La exhortación reconoce que, “junto con muchos ejemplos de fe genuina, hay también en Europa *una religiosidad vaga y, a veces, desencaminada*. Sus manifestaciones son frecuentemente genéricas y superficiales, en ocasiones incluso contrastantes en las personas mismas de las que proceden. Hay fenómenos claros de fuga hacia el espiritualismo, el sincretismo religioso y esotérico, una búsqueda de acontecimientos extraordinarios a todo coste, hasta llegar a opciones descarriadas, como la adhesión a sectas peligrosas o a experiencias pseudoreligiosas” (n. 68).

Esa constatación no lleva a la condena sino que invita a la Iglesia a un esfuerzo de comprensión y purificación.

“En el contexto de la sociedad actual, cerrada con frecuencia a la trascendencia, sofocada por comportamientos consumistas, presa fácil de antiguas y nuevas idolatrías y, al mismo tiempo, sedienta de algo que vaya más allá de lo inmediato, *a la Iglesia en Europa le espera una tarea* laboriosa y apasionante a la vez. Consiste en descubrir el sentido del « misterio »; en renovar las celebraciones litúrgicas para que sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, el Señor; en proporcionar nuevos espacios para el silencio, la oración y la contemplación; en volver a los Sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, como fuente de libertad y de nueva esperanza” (n. 69).

Tras analizar esa vocación celebrativa de la fe, termina este capítulo con una buena reflexión sobre *El día del Señor* : “no se ha de tener miedo a *defenderlo contra toda insidia* y a *esforzarse por salvaguardarlo* en la organización del trabajo, de modo que sea un día para el hombre y ventajoso para toda la sociedad” (n. 82).

2.5. Capítulo V. “Servir al evangelio de la esperanza”.

Este capítulo constituye una vigorosa defensa de la vocación cristiana a la caridad. “Por su propia naturaleza, dice el Papa, el testimonio de la caridad ha de extenderse más allá de los confines de la comunidad eclesial, para llegar a cada ser humano, de modo que *el amor por todos los hombres fomente auténtica solidaridad en toda la vida social*. Cuando la Iglesia sirve a la caridad, hace crecer al mismo tiempo la « cultura de la solidaridad », contribuyendo así a dar nueva vida a los valores universales de la convivencia humana.

En esta perspectiva es menester *revalorizar el sentido auténtico del voluntariado cristiano*. Naciendo de la fe y siendo alimentado continuamente por ella, debe saber conjugar capacidad profesional y amor auténtico, impulsando a quienes lo practican a « elevar los sentimientos de simple filantropía a la altura de la caridad de Cristo; a reconquistar cada día, entre fatigas y cansancios, la conciencia de la dignidad de cada hombre; a salir al encuentro de las necesidades de las personas iniciando -si es preciso- nuevos caminos allí donde más urgentes son las necesidades y más escasas las atenciones y el apoyo » (n. 85).

Tras estas ideas generales, la exhortación se detiene en algunos aspectos concretos de la caridad, como “*el amor preferencial a los pobres*” (n. 86), la atención al “*fenómeno del desempleo*, que es una grave plaga social en muchas naciones de Europa” (n. 87) así como la necesidad de promover la *pastoral de los enfermos* (n. 88) y un *correcto uso de los bienes de la tierra* (n. 89).

El servicio de la caridad incluye también proponer con fidelidad *la verdad sobre el matrimonio y la familia* (n. 90). El matrimonio es descrito con cinco rasgos que resultan interpelantes para la cultura actual: “Hay que descubrir la verdad de la familia como íntima comunión de vida y amor, abierta a la procreación de nuevas personas, así como su dignidad de « iglesia doméstica » y su participación en la misión de la Iglesia y en la vida de la sociedad” (n. 90).

La exhortación dedica unas breves palabras a los *creyentes que se han divorciado y vuelto a casar civilmente*: “No están excluidos de la comunidad; al contrario, están invitados a participar en su vida, recorriendo un camino de crecimiento en el espíritu de las exigencias evangélicas. La Iglesia, sin ocultarles la verdad del desorden moral objetivo en el que se hallan y de las consecuencias que derivan de él para la práctica sacramental, quiere mostrarles toda su cercanía materna” (n. 93).

En este contexto, se añaden unas breves reflexiones sobre la defensa de la vida en medio de la « cultura de la muerte » que invade la sociedad actual.(n. 95).

La referencia a la difusión del *aborto y la amenaza de la eutanasia*, se une a la denuncia de las « intervención sobre los embriones humanos que, aun buscando fines en sí mismos legítimos, comportan inevitablemente su destrucción », o mediante el uso incorrecto de técnicas diagnósticas prenatales puestas al servicio no de terapias a veces posibles sino « de una mentalidad eugenésica, que acepta el aborto selectivo ».(n. 95)

En este ministerio de la caridad hay la *Doctrina Social de la Iglesia*, que “tiene una función inspiradora en la construcción de una ciudad digna del hombre.

“En efecto, con ella la Iglesia plantea al Continente europeo la cuestión de la calidad moral de su civilización. Tiene origen, por una parte, en el encuentro del mensaje bíblico con la razón y, por otra, con los problemas y las situaciones que afectan a la vida del hombre y la sociedad. Con el conjunto de los principios que ofrece, dicha doctrina contribuye a poner bases sólidas para una convivencia en la justicia, la verdad, la libertad y la solidaridad. Orientada a defender y promover la dignidad de la persona, fundamento no sólo de la vida económica y política, sino también de la justicia social y de la paz, se muestra capaz de dar soporte a los pilares maestros del futuro del Continente. En esta misma doctrina se encuentran las bases para poder defender la estructura moral de la libertad, de manera que se proteja la cultura y la sociedad europea tanto de la utopía totalitaria de una « justicia sin libertad », como de una « libertad sin verdad », que comporta un falso concepto de « tolerancia », precursoras ambas de errores y horrores para la humanidad, como muestra tristemente la historia reciente de Europa misma” (n. 98).

Tras haber encarecido la necesidad de una cultura de la solidaridad y de la vida, la exhortación trata de impulsar también *una cultura de la acogida*, especialmente importante ante el creciente fenómeno de la *inmigración* (n. 100): “Ante el fenómeno de la inmigración, se plantea en Europa la cuestión de su capacidad para encontrar formas de *acogida y hospitalidad* inteligentes. Lo exige la visión « universal » del bien común: hace falta ampliar las perspectivas hasta abarcar las exigencias de toda la familia humana. El fenómeno mismo de la globalización reclama apertura y participación, si no quiere ser origen de exclusión y marginación sino más bien de participación solidaria de todos en la producción e intercambio de bienes” (n. 101).

2.6. Capítulo VI. “El evangelio de la esperanza para una nueva Europa”.

Junto con el capítulo I, éste último constituye una especie de síntesis de toda la exhortación. Ésta no deja de reconocer a *Europa como promotora de los valores universales* “que el cristianismo ha contribuido de manera determinante a adquirir y que pueden sintetizarse en la afirmación de la dignidad trascendente de la persona humana, del valor de la

razón, de la libertad, de la democracia, del Estado de Derecho y de la distinción entre política y religión » (n. 109).

Esta herencia, que se recuerda una y otra vez, ha de orientar la futura “apertura” de Europa, que “debe ser un *Continente abierto y acogedor*, que siga realizando en la actual globalización no sólo formas de cooperación económica, sino también social y cultural” (n. 111). El documento propugna una nueva cultura de la solidaridad:

“Europa debe convertirse en *parte activa en la promoción y realización de una globalización “en la” solidaridad*. A ésta, como una condición, se debe añadir una especie de *globalización “de la” solidaridad* y de sus correspondientes valores de equidad, justicia y libertad, con la firme convicción de que el mercado tiene que ser « controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad »(n. 112).

Tras dejar constancia de la gratitud de la Iglesia a las instituciones comunitarias europeas, la exhortación incluye una referencia explícita al proyecto del tratado para la Constitución Europea:

“A luz de lo que acabo de resaltar, deseo dirigirme una vez más a los redactores del tratado constitucional europeo para que figure en él una referencia al patrimonio religioso y, especialmente, cristiano de Europa. Respetando plenamente el carácter laico de las Instituciones, espero que se reconozcan, sobre todo, tres elementos complementarios: el derecho de las Iglesias y de las comunidades religiosas a organizarse libremente, en conformidad con los propios estatutos y convicciones; el respeto de la identidad específica de las Confesiones religiosas y la previsión de un diálogo reglamentado entre la Unión Europea y las Confesiones mismas; el respeto del estatuto jurídico del que ya gozan las Iglesias y las instituciones religiosas en virtud de las legislaciones de los Estados miembros de la Unión” (n. 114).

Una nueva insistencia en los valores éticos que han de caracterizar a la “casa común europea” (n. 115 y 116), trata de despejar las más que eventuales suspicacias ante este pronunciamiento de la Iglesia Católica, que, de nuevo expresa abiertamente su intención:

“En las relaciones con los poderes públicos, la Iglesia no pide volver a formas de Estado confesional. Al mismo tiempo, deplora todo tipo de laicismo ideológico o separación hostil entre las instituciones civiles y las confesiones religiosas.

Por su parte, *en la lógica de una sana colaboración entre comunidad eclesial y sociedad política, la Iglesia católica está convencida de poder dar una contribución singular* al proyecto de unificación, ofreciendo a las instituciones europeas, en continuidad con su tradición y en coherencia con las indicaciones de su doctrina social, la aportación de comunidades creyentes que tratan de llevar a cabo el compromiso de humanizar la sociedad a partir del Evangelio, vivido bajo el signo de la esperanza” (n. 117).

Es interesante constatar que si la Iglesia pretende ofrecer algo a Europa, como ayudarla a tomar conciencia de su herencia espiritual (cf. n. 120), reconoce que también recibe algo de ella: “La Europa que se va construyendo como “unión”, impulsa también *a los cristianos hacia la unidad*, para ser verdaderos testigos de esperanza” (n. 118).

Este capítulo se cierra con una hermosa exhortación a Europa (n. 120) que evoca, en estribillo, invitaciones habituales en el magisterio de Juan Pablo II: ¡No temas! ¡Ten confianza! ¡Ten seguridad! (n. 120).

La conclusión general nos evoca el icono de la mujer vestida del sol, en la que el Papa ve la imagen de María, a la que dirige su oración final para poner “en sus manos el futuro de la Iglesia en Europa y de todas las mujeres y hombres de este Continente” (n. 125)

3. DESPUÉS DE LA EXHORTACIÓN

Todavía más recientemente (7.11.2003), Juan Pablo II ha dirigido un breve pero interesante discurso a los participantes en el seminario organizado por la Fundación Robert Schuman para la Cooperación de los Demócratas Cristianos de Europa. En esa ocasión el Papa retomaba la idea de la nueva Europa que no puede contentarse con ser un edificio sólido sino que ha de aspirar a convertirse en una casa acogedora.

Para que ese ideal pueda llegar a ser posible, es preciso que Europa reconozca el patrimonio más querido que posee, como es el de los valores que le han garantizado su influencia en la historia de la civilización. “Dichos valores, según el Papa, atañen sobre todo a la dignidad de la persona, al carácter sagrado de la vida humana, al papel central de la familia basada en el matrimonio, a la solidaridad, a la subsidiariedad, al estado de derecho y a una democracia sana”.

El discurso continúa con una referencia a las raíces culturales de Europa, entre las cuales no pueden ignorarse las raíces cristianas. Es interesante que en esta ocasión, tal referencia no nos remite tanto al papel que el cristianismo pudo jugar en la antigüedad o en la edad media, cuanto “a la contribución crucial de los cristianos a la caída de regímenes opresivos de uno u otro signo y a la construcción de una democracia auténtica”⁵.

He aquí uno de los documentos más recientes, en el que, junto a una afectuosa memoria de los fundadores de la Comunidad Europea y una explícita mención de su fe cristiana, se encuentra reflejada la preocupación de la Iglesia Católica por el presente y el futuro de Europa.

Conclusión

La exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa* nos parece un documento muy interesante para orientar la reflexión y la acción de los católicos europeos en este momento.

Por lo que se refiere a la situación Europea, son especialmente interesantes los capítulos I y VI. El capítulo II constituye una introducción al pequeño tratado de Teología Pastoral que le sigue. De hecho, los capítulos III, IV y V están articulados siguiendo el esquema teológico tradicional de las funciones de Cristo (*tria munera Christi*), es decir, el ministerio de la palabra, el de la celebración y el del servicio. El esquema había sido utilizado en el Concilio Vaticano II, pero es muy querido para Juan Pablo II. Recuérdese como también la encíclica *Evangelium vitae* invita a los cristianos a “anunciar”, “celebrar” y “servir” al Evangelio de la vida. La aportación cristológica se convierte, pues en referencia eclesiológica y pastoral. También la Iglesia se autocomprende como una comunidad que anuncia el evangelio, lo celebra y sirve en la caridad a los hijos de Dios.

El riesgo de un esquema tan rico y tan unánimemente aceptado está en que sea utilizado para incluir toda la reflexión y exhortación que el momento presente sugiere. De hecho,

⁵ El texto de este discurso puede encontrarse en *Ecclesia* 3180 (22.11.2003) 1793-94.

muchas de las apreciaciones que en la exhortación se vierten sobre la sociedad europea y sobre las Iglesias que peregrinan en Europa serán válidas para cualquier parte del mundo.

Por otra parte, al leer esta exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa* se tiene la impresión de que más que la situación social y religiosa de Europa interesaba tomar nota de la circunstancia histórica del proyecto de Constitución Europea. La recurrencia de este tema hace que la exhortación piense en grupos muy heterogéneos de lectores. De todas formas, esta toma de postura ante la Constitución no deja de ser discutible, como se sabe. Son muchos los que piensan que más que pedir la inclusión de una referencia explícita al Cristianismo, la Iglesia debería alegrarse de que, de una forma o de otra, los valores cristianos estén incluidos en el texto constitucional. Y, finalmente, tan importante como las raíces son las ramas y los frutos del árbol. Tan necesario como recordar las raíces cristianas de Europa es pedir a los cristianos europeos que produzcan frutos en la caridad para la vida del mundo (cf. OT 16).

José-Román Flecha Andrés
Universidad Pontificia de Salamanca